

te que llevaba, é mandó proveer de todo lo nescessario para su camino, é repossó en aquella poblacion treynta ó quarenta dias. En todo aquel tiempo este Caçonçi hizo dar á cada español dos gallinas, que son tamañas ó mayores que los pavos de Castilla, é media fanega de mahiz ordinariamente cada dia, é una india que le guisasse de comer, é seys cargas de hierba para su caballo, é muchas fructas de diverssas maneras de las que en aquella tierra hay; é quando llegó el tiempo de la partida, dió de sus indios diez mill para que llevassen las petacas de los chripstianos. Es una petaca una manera de cesta muy bien fecha, é algunas forradas en cueros de venados, é con sus atapadores, que cabe tanto como media arca ó caja de ropa; é hácenlas del tamaño que quieren. Demás destes indios ques dicho yban otros muchos, que llevaba el dicho Caçonçi para servicio de su persona, é yba siempre en una mula del general, al qual sirvió este Caçonçi é le dió

CAPITULO IV.

Cómo el principal señor ques dicho, llamado Caçonçi, avia fecho falsa relacion al general Nuño de Guzman, é cómo despues dixo que no sabia la tierra*, le hizo un processo é lo mandó quemar: é cuénlense otras cosas que passaron despues é los sacrificios de los que quemaban los indios en los hornos.

Despues quel general Nuño de Guzman ovo fecho assentar su exército de la otra parte é junto á la costa del rio de la Purificación, paresciéndole bien la disposicion de la tierra, quiso saber é informarse muy bien della, é hizo haçer luego una iglesia de piedra, donde se celebraron muchas misas é se predicó algunas vezes la verdad evangélica; porque donde quiera que llegaba, haçia poner mucha diligencia en la conversion de los indios, y en los baptizar é reducir á la union de los fieles

* Aqui se leia en el códice autógrafo: «É se supo que avia muerto [el Caçonçi] treynta é cinco españoles é fécholos máscaras». Al final del epi-

doçe mill pessos de oro, quel repartió entre los soldados. Y en la cibdad de México les dió Nuño de Guzman muchos caballos é armas, que repartió entre los que mas nescessidad tenian; é cómo era presidente de la Nueva España, quando hizo esta jornada, quedaron los oydores de la Audiencia Real que allí residian en su lugar por gobernadores, que eran los licenciados Matienço é Delgadillo é otros dos que se murieron.

Anduvo este exército por sus jornadas é tierra de paz subjeta á México ocho ó diez dias, é al cabo dellos llegaron á un rio que hasta estonçes no le avian visto los chripstianos, é porque fué dia de la Purificación púsosele al rio el mesmo nombre. É passaron de la otra parte, é assentaron allí su real é campo, y estovieron allí algunos dias, assi por reposar como por tentar la tierra é saber lo que en ella avia, porque allí ni dende adelante ni estaba hollado ni visto por los españoles.

chripstianos, aunque allí donde paró estaba la gente de la tierra alçada é huyda á los arcabucos é montes. Y para recogerlos, si posible fuesse, hicieron algunas entradas la tierra adentro, á unas partes é otras, de que ningun provecho, sino mucho cansancio se siguió; é fué nescessario de se aprovechar, si pudiera, de la guia que hasta allá los llevó, que era aquel señor, llamado Pero Pança porque era grueso, que como dicho es, se decía Caçonçi: al qual habló el general con

grafe suprimió tambien otra cláusula de menos importancia.

sus *naquatatos* ó lenguas, é nunca se pudo dél sacar ni dixo sino que no sabia la tierra, ni la avia andado, é todo al revés de cómo hasta allí lo avia certificado é dicho. Ovo tanto enojo desto el general, que le mandó echar unos grillos, é le hizo tener á buen recabdo: é tornóle á interrogar diverssas vezes, é á preguntarle por las cosas é promesas quel mesmo caçique avia primero dicho é ofrescido; y por halagos que se le hicieron, ni por temores con que le amonestaron, no dixo ni confessó cosa que fuesse al propósito ni concertasse con lo que avie dicho primero. En fin, el general le hizo haçer su processo é sentençiarlo á muerte é que muriesse quemado: el qual, quando se vido cerca de su fin, dixo que por su mandado avian muerto sus súbditos é vassallos treynta é cinco españoles, é que los hallarian las manos é los rostros con sus cabellos é los piés, puestos como máscaras, en una casa cinco leguas de su pueblo, donde los tenia escondidos en un monte. É quando se queria regocijar, los haçia sacar el mesmo Caçonçi á los areytos é fiestas; é que desta forma hallarian aquellos chripstianos en aquella casa ques dicho, é assimesmo hallarian mucha plata é oro é grand cantidad de ropa.

Preguntándole cómo avian muerto é quando aquellos chripstianos, dixo que aquellos eran de los que yban desmandados dende México, uno á uno, á buscar la vida (ó á topar más cierto con su muerte), é que cómo los veian solos, los mataban é haçian dellos aquella forma de espectáculos, por más se vengar de los españoles. Fecha esta confession, mandó el general á diez de caballo que para esto escogió, que fuessen á aquella casa que Caçonçi dixo, é supiesen si era assi como decía, é truxessen ante él lo que hallassen de aquellas cosas que en el tormento avia declarado Caçonçi. É en quinze dias fueron é volvieron, é tru-

xeron todo lo quel dixo; é visto que era assi, mandó luego el general haçer un grand palenque ó estacado, donde se hizo justicia del Caçonçi, y en un grand fuego fué quemado; é hizo saber á todos sus vassallos la causa de su muerte, é á lo que mostraron en lo exterior todos lo tovieron por bien, porque los tractaba mal, é decian ellos que avia seydo muy bien fecho matarle. Y el general hizo alçar por señor á un hijo de Caçonçi, llamado don Pedro, que se mostraba muy amigo de los chripstianos; mas despues que los españoles passaron adelante en prosecucion de su camino, se supo que avian ydo muchos indios de la provincia de Mechucan; incrédulos de la muerte de Caçonçi, á se informar de lo ques dicho; é cómo supieron la verdad é justicia que dél se hizo, arrincaron el palo que avia quedado donde estuvo atado quemándose, é rayaron la çeniça que hallaron; é todo se lo llevaron á su tierra.

Del rio ques dicho de la Purificación, se partió este exército sin guia alguna, é siguieron por la costa de aquella ribera ocho dias, todo por despoblado, é andaban cada dia tres ó quatro leguas; y en fin deste tiempo llegaron á una grand provincia, á vista della; é aunque era de mañana repossaron allí hasta otro dia siguiente, que al punto del alva, cada capitán puesta su gente en órden, movieron é fueron á un pueblo; é no hallaron gente en él, porque avian huydo de temor. Aquella provincia se llama Coyna; mas hallaron harta comida.

Dende allí, repartida la gente del exército en sus capitanes, fueron en seguimiento de los indios; é á dos ó tres leguas de allí hallaron mucha gente de guerra, é pelearon con los nuestros é hirieron algunos españoles é caballos, é al cabo los indios fueron desbaratados con mucho daño suyo, é se enseñorearon los chripstianos de la tierra. É un notable é diabó-

lico sacrificio se vido en aquella provincia; que por su novedad no se debe dexar en silencio. Y es que en los pueblos que topaban, en los más dellos, hallaban unos hornos muy grandes, llenos de gente muerta é con muy grandes fuegos los hornos; é de aquellos cuerpos que allí se asaban ó coçian corria mucha manteca ó sahin ó sangre, porque poco antes que los chripstianos llegassen los avian echado é ofrescido en sacrificio á sus dioses, segund se supo de los indios que se tomaron en aquella entrada.

En todas las partes, donde este exército

estuvo alguna noche, quedaron fixadas cruces, é se buscaba el más alto árbol que se podia hallar para las poner. En conclusion, toda la provincia Coyna fué sojuzgada, é quedó de paz en veynte dias que podia ser lo que en ella estovieron los españoles haciendo la guerra; y assi por temor del espada, como por halagos é buena industria, quando convenia é los indios atendian, todo se pacificó: y muchos de los naturales quedaron en sus casas é assientos, é muchos baxaron al infierno, que ni quisieron la paz, ni aun daban lugar á que se tractasse.

CAPITULO V.

Cómo el general Nuño de Guzman conquistó la provincia llamada Cuysco, é la que se dice Tomala, é otra que nombran Nuchiscan, é otras que se llaman Maxalpa, Suchipila y Elteve, é otros pueblos; é otras cosas notables que convienen al discurso de la historia.

Despues de aver conquistado las provincias que se tractó en el preçedente capítulo, sin perder tiempo acordó el general de se partir con su exército á otra provincia que se llamaba Cuysco, que está ribera de un muy grande y hermoso rio; y mandó que los chripstianos é indios amigos que yban con él, se hiciessen dos partes, é los unos fuessen por la una costa del rio é los otros por la otra. É caminando desta manera, quando llegaron á estar dos tiros de ballesta de un pueblo principal, toparon ciertas canoas en el rio, llenas de gente de guerra, apartadas de las costas é puestas á la mitad de la anchura del rio: é dende allí tiraban muchas flechas con sus arcos contra los chripstianos, é aun hacian algun daño. Siguióse que un capitan, llamado Francisco Verdugo, llevaba una ballesta en el arçon de su caballo, é apeóse é púsose junto á la costa é començó á tirar saetas á los de las canoas; é cómo la ballesta era reçia y él la sabia muy bien exercitar, ningun tiro faltaba ni dexó de herir algun indio; por-

que viéndole desviado de los chripstianos é solo, las canoas se le açercaron de tal manera, que una dellas andaba llena de sangre por los tiros queste capitan hacia: é no hacian los indios sino echar sangre fuera de la canoa. Y las mesmás saetas, con que estaban heridos los indios, ellos se las sacaban de sus carnes é las tornaban á tirar con sus arcos á los españoles con mucho ánimo; é cómo algunos indios estaban mal heridos de las saetas, no pudiendo más disimular la burla, caian de la canoa en el rio muertos. Y cómo se re-crecieron más ballesteros, y el daño que se hacia con las ballestas en los contrarios era mayor, se rindieron é vinieron á pedir paz, é se les otorgó. É assi nuestra gente llegó al pueblo quassi á medio dia, el qual estaba solo; é toda la gente dél se avia alçado; é viendo esto los españoles, passaron adelante por la costa del mismo rio, unos por la una parte é otros por la otra, é llegaron hasta estar enfrente de una isleta que se hacia en la mitad del rio, é allí estaba toda la gente del pueblo

con sus hijos é mugeres é haciendas, encastillados é fortalecidos, hechas albaradas é defensas de madera, creyendo que allí no era bastante ningun exército á los enojar, porque el rio yba tan grande, que tenia bien que haçer en llegar una saeta dende tierra adonde los indios estaban, assi de la una parte ó costa de la ribera como de la otra. Pero los españoles no dexaban por este inconveniente, aunque era muy grande, de entrar por el rio á nado con sus caballos, é siguieron hácia aquel peñon ó isleta con tanta osadia, que era cosa mucho de ver; y en el instante los indios començaron á gastar innumerables flechas contra los nuestros. Mas al cabo, viendo la constancia é atrevimiento con que los chripstianos yban, desampararon la isleta los indios é fueron á nado, que no quedó en ella sino niños pequeños; mas como en ambas costas del rio avia gente del exército chripstiano, tomáronse muchos prissioneros, que quassi no escapó ninguno de los contrarios; é fueron tantos que passaban de diez mill ánimas los que fueron captivos.

Á esta saçon llegó el general, que venia en la retroguarda é reçaga, al dicho pueblo de Cuysco que estaba despoblado, é llegaron assimesmo los capitanes é gente de la avanguardia que volvía con la pressa é victoria ques dicho, de que ovo mucho plaçer el general. É para se informar de lo subçedido, mandó que llevassen á los señores principales de aquel pueblo, é dixéronle que uno, llamado Saecachimal é quedaba muy mal herido, que era el señor de la tierra, é que otro quassi tan grand señor le avian muerto los chripstianos en el trançe ya dicho. É quiso el general que truxessen ante él aquel que estaba herido, é assi se hiço: el qual era hombre de grande estatura, de edad de hasta quarenta años, é traia una saeta hincada por los pechos hasta las plumas, é hablaba con tan buen aliento é semblan-

te, como si no estuviera herido, y estaba tan apretada la saeta que no le salia gota de sangre: é despues que un buen espacio estuvo hablando con el general é dando sus desculpas, óvole mançilla el general; é desseando su salud, si pudiera ser, mandóle curar á un liçenciado Muñoz, grand çirujano, que yba en el exército. É assi cómo le saó la saeta, cayó muerto, lo qual pessó al general é á todos los españoles, porque tenian creydo que si viviera aquel, aprovechara mucho su amistad á los chripstianos: y el general hiço alçar por señor á un hijo del muerto, é quedó aquella provincia de paz, é poblada de los naturales della y en sus casas.

De aquel pueblo é provincia de Cuysco passó el general á la provincia que se dice Tomala, que está cinco leguas adelante, la qual tomó: no tenia señor y era gobernada por una señora. Este señorío es de seys mill casas ó más, todas en un llano de tierra muy fértil é abundante de muchos bastimentos é fructas. É antes que llegasse la avanguardia salió de las poblaciones mucha gente, é dieron una grita tan alta é continuada, que pareçia que abrian el cielo, é de mucho terror y espanto á los que no han oydo aquello. Más cómo los españoles estaban ya diestros é sus orejas acostumbradas á esso, puestos en órden continuaron su passo á passo contra los indios, non obstante que ellos se mostraban feroçes, é decian que querian la guerra é no servir é obedesçer á los chripstianos: é hiciéronse fuertes en un çerrillo poco trabaxoso de subir, raso é sin arboleda; y era grande el número de los indios que allí estaban en un batallon. É cómo llegó el general, hiço yr á ellos las lenguas con algunos soldados de buena confianza, é mandóles decir que quisiessen la paz é ser amigos, ofresciéndoles todo buen tractamiento: á lo qual respondieron con mucha soberbia que no querian sino guerra, é començándola, sol-

taban flechas contra los de la embaxada. Estonçes el general mandó yr un capitan con gente por un lado del çerro é otro por otro, y él con el resto del exército por enmedio; é subiósse el çerro á fuerça de armas sin mucho trabaxo y en poco espacio de tiempo, porque cómo los indios vieron çerca de sí los caballos, volvieron las espaldas por unos llanos adelante, y cómo fueron seguidos, mataron muchos dellos.

Deçia este alferes Francisco de Arzeo, que siguiendo á su capitan Francisco Verdugo, vido que alanceó á un indio: el qual, antes quel Verdugo llegasse, le tiró quatro flechas, é con la una le hirió el caballo; é cómo el capitan era hombre de buen ánimo, llegó á él é dióle de lançadas, é tales que por algunas partes de la persona traia el indio arrastrando las tripas. Y cómo aquel indio debia de ser principal, assi era valiente hombre é peleaba mejor que los otros; é traia unas quentas de oro al cuello, é otras en las muñecas de los braços, y en las manos una macana, á manera de porra, llena de puntas de piedras pedernales, é de la manija de la macana pendia una correa atravessada é atada fuertemente al brazo. É con esta macana, non obstante que estaba muy herido, daba muy reçios golpes en los braços al caballo del capitan: el qual le avia dado una grand lançada por las espaldas, que estaba el hierro de la lança entre los huessos interiores del indio, tan asido que no podia sacar la lança, é fué neçessario quel Francisco de Arzeo se apeasse de su caballo á sacarla de donde estaba; é tornó á cabalgar é siguieron el dicho alcance hasta que por delante no paresçió algun indio. É dieron vuelta é llegaron al pueblo al tiempo quel sol se ponía, é juntando allí el exército, se curaron los heridos, que ovo hartos de

los chripstianos é de sus caballos flechados, é repossaron allí é no les faltaron muchas liebres é grandes de las de Castilla (ó semejantes á ellas, salvo quel pelo es más escuro). Los indios de aquellas provincias son caribes, que comen carne humana todas las veçes que la pueden aver.

Passado el vençimiento ques dicho, vino la señora del pueblo de paz, é poblóse é paçificóse la provincia, aunque no de los muertos, que fueron muchos; porque aunque los españoles eran pocos en número, los amigos indios que consigo traian eran muchos, é quando la cosa yba de vençida, estos eran los que hacian el daño muy cresçido é sin alguna misericordia, sin perdonar á chico ni á grande, ni á muger tampoco, sin que se pudiesse estorbar hasta el fin del vençimiento.

Allí estuvo el exército nuestro más de treynta dias, descansando é holgando, é dende allí passaron á otra provincia que se dice Nuchisclan; é llámase assi porque hay muchas tunas en ella, á la qual fruta en aquella tierra llaman en su lengua *nuchisclan*. Hallaron la tierra alçada, é repossaron allí la Semana Sancta. Media legua de allí estaba un peñon sujeto á un pueblo yermo, donde pararon por el tiempo sancto, como es dicho, y estaba poblado de muchas casas, donde se puso una cruz muy alta. Y cómo todos los soldados ó los más de los que allí andaban no eran muy contemplativos, no dexaron por ser el tiempo sancto de yr á entrar en otra provincia que se llama Xalpa*, é á otra que se dice Suchipila, é á otra nombrada Elteve, é á otros pueblos, de donde llevaron al pueblo, en quel general avia quedado, muchas mugeres é niños; é volvieron los indios amigos mexicanos é tarascos de Mechuacan cargados de mucha ropa é aves é plumages é oro é plata é con muchos bastimentos.

* Aquí hay una laguna en el códice autógrafa,

la cu al se ha llenado por el de la Bibliot. Colombina.

El Jueves Sancto, al tiempo quel general estaba oyendo la passion, vinieron quatro indios de paz con unas orejeras é unos braçales de oro que presentaron al capitan general en señal de paz, é los dos traian consigo dos ydolos de aquellos quellos adoran; é como la misa é officio divino se acabó, el general, despues que ovo comido, hiço llamar aquellos indios por un naguatato ó intérprete, é híçoles muchas preguntas, entre las quales les hiço preguntar que para qué traian aquellos ydolos. Y ellos respondieron que no eran sino sus dioses, por quien eran gobernados, é que aquellos les criaban sus mahiçales é frésoles é axí é gallinas, é les daban los hijos é mugeres é la ropa y el sol y el agua é todo quanto bien tenían; é les daban la vida é la muerte, quando les plaçia, é que como á tales dioses é señores suyos los adoraban é acataban é servian. El general les respondió é hiço dar á entender por las lenguas que todo quanto deçian era falso é mentira, é que no avia más de un solo Dios Todopoderoso que estaba en el çielo, é que saliessen de tan grand error, é que mirassen que todo quanto deçian era burla é que vivian engañados. Y ellos replicaron que no conosçian otro Dios sino aquellos ydolos; y el gobernador les dixo que los queria quemar, como á cosa que no era nada ni se podia defender, é los indios respondieron á esto que no ternia el fuego tal poder que pudiesse empesçer ni tocar en sus dioses. Estonçes el gobernador mandó traer leña, é muy presto vinieron más de dosçientas cargas della; é fecho grand fuego, mandó echar los ydolos dentro en él, é cómo eran de mantas llenas de sangre de los diabólicos sacrifi-

gios que usan de hombres humanos con sus cuchillos de pedernales, que entre aquellas sangrientas mantas estaban, en poco espacio de tiempo lo hiço el fuego todo çeniça, de lo qual quedaron no poco espantados los indios, que avian traydo los ydolos é los tenían por dioses. Y el gobernador, viéndolos assi maravillados, les hiço deçir que no se espantassen de averse quemado aquellos sus espetáculos é falsos dioses, porque no eran nada ni tenían ninguna deidad ni fuerça; é que creyessen en solo Dios verdadero, que crió el çielo é la tierra, é que aquel es solo el que dá la vida é la muerte, y es poderoso en todo é por todo; é que luego híçiesse llamar á todos los señores de sus provincias, é conosçiesse á Dios, é fuessen amigos de los chripstianos, é no creyessen ni ydolatrassen en aquellos desvarios, porque sus ánimas se salvarsen. Açerca desta materia cathólica les dixo muchas cosas provechosas é al propósito de su salvaçion é remedio; lo qual todos quatro indios dixerón que lo avian bien entendido, é muy contentos fuéronse los dos dellos á llamar sus señores, é quedaron los otros dos con el general. Quando llegó el Sábado Sancto, víspera de Pásqua, vinieron más de veynte mill ánimas de paz, é se baptizaron todos, é resçibieron agua del Espiritu Sancto, lo qual no podia ver ningun cathólico sin lágrimas é alegre devoçion é mucho goço. Y el general los envió á sus casas muy contentos, é quedaron de paz todos aquellos pueblos y en mucho sosiego debaxo de la bandera é señorío de Castilla, como buenos vassallos de Su Magestad, y en la union é número de la república chripstiana.